

MATAR A UNA BOOKLOVER

Ray Candelas



El jurado, presidido por Antonio M.^a Calvo López,
y compuesto por Sergio Vera Valencia, Eva Olaya Martín,
Lorenzo Lunar Cardedo y Layla Palenciano Vicente,
Carmen M.^a Labrador Caba como secretaria, concedió por
unanimidad a *Matar a una booklover*,
de Ramón Candelas Pérez, el XXVII Premio Francisco García
Pavón de novela policíaca, convocado por el Ayuntamiento de
Tomelloso.

Este libro ha sido patrocinado por
el Ayuntamiento de Tomelloso.



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *Matar a una booklover*

© 2025 Ramón Candelas

Diseño de cubierta: Eva Olaya

1.^a edición: septiembre 2025

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2025: Ediciones Versátil S. L.

Calle Muntaner, 423, piso 2

08021 Barcelona

www.ed-versatil.com

ISBN: 979-13-990407-1-5

Depósito legal: B 16035-2025

Impreso en España

2025 - Estilo Estugraf Impresores S. L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

*A ellas, de voces desgarradas, lánquidas,
poderosas, delicadas, tiernas,
agresivas, sensuales,
eternas.*

Prólogo

Pueblo Nuevo, Madrid. Última planta, coqueto apartamento interior. Pequeño pero luminoso, bien ventilado a un amplio patio de manzana. Todas las ventajas del mediodía sin los ruidos de la urbe infernal. El mobiliario, en tonos claros, podría pasar por catálogo de multinacional sueca. Una misma pieza reúne zona de estar y cocina, separadas por una barra de desayuno con dos taburetes por banda.

Sandra llevaba rato deambulando por aquí y por allá, haciéndose el ánimo para sentarse y terminar de leer esa novela que hacía cincuenta páginas dejó de apetecerle, pero que *debía* acabar. Antes de acostarse, a ser posible, so pena de arriesgarse a incumplir el reto de febrero. En eso era rigurosa consigo misma; y legal: nada de reseñar libros abandonados a medias por aburrimiento, como sospechaba hacían otras. Una no se había creado un nombre engañando a su pequeña legión de seguidoras; o no tan pequeña, si se consideraba que su cuenta de Instagram rebasaba la respetable cifra de veinticinco mil.

Amor a los libros. Sentido crítico. Disciplina severa, sobre todo; la clave de su éxito.

Pero ni siquiera la disciplina parecía suficiente para salvarle el culo este mes: antes del martes tenía que acabar el Lamotte, leer el último éxito de Julia Quinn, reseñar ambos, pensar en el atrezo para las fotografías del *feed*; y debía contestar los comentarios de sus *posts* anteriores, proceder al sorteo de un ejemplar extra del Quinn, publicar el resultado, grabar un *reel*...

Buah.

A ver. Lo de salvar el culo era un decir. Nadie iba a reprocharle un retraso en sus reseñas, en el sorteo o en el *wrap up* del mes, el corto vídeo donde mostraría los libros leídos en febrero con el

resumen de las puntuaciones otorgadas. En realidad, a nadie le importaba una mierda si no cumplía sus objetivos, pero para ella era lo más importante de todo, porque esto iba de amor propio. De prurito personal. De pasión por la lectura.

Sandra Sánchez, veintinueve años, morena, mona, soltera, solitaria, perfeccionista, soñadora, recién ascendida a flamante encargada de una perfumería chic, de las de franquicia internacional, era una *booklover*.

¿Y qué hacía una *booklover* morena, mona, etcétera, encerrada en su apartamento interior de Pueblo Nuevo una tarde de fin de semana? Pues precisamente eso: ejercer de amante de los libros. A pesar de la sensación de no llegar, este sábado plomizo y lluvioso estaba resultando uno de esos días que la reafirmaban en su pasión. Por la mañana, ya con el desayuno, había cogido con ganas el nuevo *best seller* de Chris Lamotte, alentada por tanta reseña que lo ensalzaba. De hecho, los guardaba, el Lamotte y el Quinn, como las guindas del pastel de enero. Sin embargo, el primero se le había torcido desde pronto. Conste que tenía sus reticencias para con la americana, cuya anterior novela la había decepcionado; reticencias que había visto confirmadas mientras avanzaba con la nueva historia. Que sí, que bien planteado, un *thriller* al más puro estilo Larsson, con una ambientación razonablemente lograda y unos personajes atractivos no exentos de claroscuros. Pero Lamotte comenzaba a desbarrar en la segunda mitad: perdía coherencia, mezclaba puntos de vista, divagaba; y en el clímax, ese que otras *bookstagramers* ponían por las nubes, se marcaba un *deus ex machina* de manual.

Aún le quedaban un par de capítulos y el obligado epílogo —feliz o amargo, abierto o cerrado, a esas alturas le daba un poco igual—, pero su mente ya saboreaba la reseña ácida, un punto cruel, una pizca irónica, que la reafirmaría como la crítica ecuánime que sus seguidoras adoraban. Quizá, suspiró, la escribiría

antes de acostarse. Si no, ya sabía lo que iba a ocurrir: se pondría a dar vueltas en la cama, se desvelaría y, al final, se levantaría para anotar sus ideas. Y al día siguiente, que había quedado temprano para ir de excursión con una amiga, no habría despertador que la sacase de la cama.

Fuera oscurecía rápido. El cielo se veía sucio, con el tinte anaranjado propio de la gran ciudad. Pesado para el ánimo. Durante la tarde se habían sucedido los chubascos como las olas de una marejada. Intimidantes ráfagas rompían de cuando en cuando contra el doble cristal. Camino del sofá, una ruidosa perdigonada provocó que Sandra se arrebuja en su gruesa rebeca de lana. Qué pereza la calle, el frío, la humedad. Si por la mañana no había mejorado, que Luisa no la esperase. Le diría que pasaba de excursión.

Las siete y media. El libro sobre las rodillas. Vainilla, jengibre y limón. Una vela aromática y una taza humeante en la mesa de centro. Sandra se instaló en el sofá dispuesta a retomar la lectura. Pero el Lamotte invitaba a procrastinar. Antes, un vistazo al móvil.

placidasonrisa

Deseando leer el tercer libro. Los anteriores son geniales.

books.love.sandra

Pues te va a alucinar cómo cierra la trilogía. No te digo más.

Teclear en el pulido vidrio con los pulgares le recordó que debía repintarse las uñas. ¿Una encargada de perfumería con el esmalte descascarillado? Por Dios. Sorbito de rooibos, a ver si se atemperaba. La reseña del último volumen de *Nacidos de la bruma* llevaba camino de convertirse en la más comentada de la historia de *books.love.sandra*. Este Brandon Sanderson, qué monstruo.

Otro mensaje.

librosyvinilos

Yo de Sanderson no he leído nada. Es mi eterna asignatura pendiente.

books.love.sandra

Pues no sé a qué esperas, jajaja... Antes que Sanderson no había nada.

Eso, exagerando un poco, se sonrió. Primera regla de las reseñas: no dejar un solo comentario sin responder, aunque sean dos palabras. Las seguidoras anhelaban el trato personal.

Otro sorbito.

Otro mensaje.

marisa_tango

A mí, el final del primero me ha resultado confuso. Crees que debería releerlo?

books.love.sandra

Creo que deberías...

Meeec.

Mierda.

Mierda, porque el telefonillo era inoportuno, justo cuando acababa de repantigarse. ¿Un sábado a las siete y media? Suspiró. Un mensajero, sin duda. Ahora te traían los paquetes hasta en domingo. No tenía pendiente ningún pedido, así que debía de ser un envío de alguna editorial. Recibía tantos que no daba abasto. Recordó lo contenta que se puso cuando una de primera línea le ofreció ejemplares gratuitos para que los reseñase. Luego vinieron otras, y un aluvión de escritores autopublicados comenzó a ofrecerle sus novelas. Ella lo aceptaba todo, o casi, porque le apa-

sionaba leer. Era capaz de pasar horas enteras sentada en el sofá, en un taburete, en la cama, a condición de tener un libro en las manos. ¡Hasta en el váter se olvidaba del tiempo!

Ojalá fuesen, al menos, los libros que esperaba. Le tenía ganas al nuevo de Elísabet Benavent.

Se levantó pesadamente. Arrastró los pies de mala gana hacia la puerta de entrada.

Meeec.

—Ya voy, coooño —protestó en voz alta.

Vaya mierda tener que repartir en un día como este. No digamos, si vas en moto. Pulsó el botón de la cámara. La pantalla de cuatro pulgadas mostró, en efecto, una figura en blanco y negro con casco integral, toda ella salpicada de brillantes motas. Lo dicho: pobre.

—¿Quién?

La figura agitó una caja de cartón.

—Paquete para Sandra Sánchez.

—Déjalo en el ascensor, si quieres.

—Tiene que firmar.

Sandra encogió los hombros. Pulsó el botón de apertura. Antes de ver cómo la puerta se cerraba tras el motorista, ya había decidido darle una propinilla para un café con leche. O para una caña. Mientras el ascensor subía con su pesado runrún, ella regresó a la pantalla del móvil.

books.love.sandra

Creo que deberías leer los siguientes. Se va aclarando todo.

Abrió la puerta. Con un chirrido de deficiente engrase, la del ascensor dejó salir al mensajero. Guantes negros. Pantalón negro. Chaquetón tres cuartos negro con una línea amarilla reflectante. Hilillos de agua resbalaban por la tela impermeable. Llevaba

la nariz cubierta por un pasamontañas, y semialzada la pantalla transparente del casco, también negro, para evitar que se empañase. Sobre el paquete, que sujetaba contra el cuerpo con el antebrazo izquierdo, la tableta para el acuse de recibo.

—¿Sandra?

Ella afirmó con la cabeza. Sonriente, se recogió un mechón de pelo tras la oreja.

Un relámpago a sus espaldas inundó de tonos azulados la estancia. Las gotas de agua refulgieron en la chaqueta negra como pedrería de realce. El motorista se acercó. Con la mano izquierda se sacó el guante derecho, bajo el que llevaba uno más fino, de los de hacer *footing*. Hay que ver el frío que pasan estos tíos, se compadeció Sandra.

El trueno hizo retemblar el ventanal. La *booklover* se encogió con una sacudida. El otro hizo ademán de echar mano al bolsillo del chaquetón en busca del lápiz digital, y lo siguiente que ella vio fue una especie de spray a la altura de su nariz. Un chorro de gas ardiente le abrasó ojos y cara.

Relámpago.

Antes de que pudiese hacer nada, antes de que un grito o un quejido escapase de su garganta, un violento empujón la hizo trastabillar hacia atrás. Cayó de culo sobre la alfombra del pequeño recibidor. Un sonoro portazo y una pesada exhalación que no era suya la hicieron entrar en pánico.

Trueno.

Acababa de quedarse encerrada con su agresor.

* * *

El mensajero cerró la puerta a sus espaldas. Se inclinó sobre la joven aturdida, cegada por el irresistible ardor del gas pimienta. Le hundió los dedos enguantados en los carrillos, tirando de la cara enrojecida hacia arriba.

—Calla o te mato —dijo.

Chándal de Chanel. Labios abundantes. Ojos rasgados, oscuros como la melena lacia que le sobrepasaba los hombros. Más allá de su expresión desencajada, el motorista apreció los rasgos de la muchacha. La clase de chica que atrae las miradas masculinas en la discoteca. Que las atraería, si no viviese en un mundo en que los hombres están hechos de tinta negra. Le tapó la boca con dos vueltas de cinta americana que sacó del bolsillo. Luego la empujó de bruces sobre la alfombra y, sentándose sobre sus nalgas, le ató las muñecas por detrás de la espalda con una brida de electricista. La víctima se revolvió en un infructuoso forcejeo hasta que un violento puñetazo en el costado le dejó claro que la amenaza iba en serio.

—¡Que te estés quieta, joder!

Fuera, la tormenta arreciaba convenientemente, por cuanto amortiguaba los ruidos. Malo sería que no amainase luego, cuando tuviese que volver a la moto. Durante un instante, escrutó el ventanal. Su reflejo nítido, amarillento a la luz de la lámpara de lectura junto al sofá, se superponía a las luces de las viviendas que daban al patio, difusas a través del aguacero. Antes que nada, bajar el estor. Luego se sentó junto a su víctima con gesto pesado. Resopló. Había hecho lo más difícil. O lo más fácil, según se mirase. Tomó aliento. La sangre le batía las sienes. Tenía el paladar y la lengua como papel de lija; el estómago, al borde de la náusea. El perfume empalagoso que impregnaba el apartamento le produjo una arcada, pero vomitar era un alivio que no podía permitirse, so pena de esparcir ADN por todos los rincones. Respiró hondo hasta serenarse. El proceso había durado apenas un minuto, pero sus glándulas llevaban segregando adrenalina desde mucho antes; desde que, tras una última vacilación, apretase el botón del interfono.

Entre sollozos apenas audibles, más dócil tras el puñetazo, la

joven logró abrir los ojos enrojecidos, bañados en lágrimas. El motorista se incorporó con un suspiro. Más considerado, ahora que tenía el control, la levantó medio obligándola, medio ayudándola, y la condujo hasta el sofá.

—Siéntate.

Se quitó el casco para apagar de un soplo el infecto velón crema pálido. Aprovechó para rascarse la cabeza por encima del pasamontañas. Sudaba, pero no se lo quitó. No convenía dejar suelto un solo pelo traicionero. Un rápido vistazo en derredor le sirvió para encontrar lo que buscaba: el móvil de la chica, caído sobre la alfombra. Pasó por el vidrio el índice enguantado, apto para pantallas táctiles gracias a un recubrimiento de goma. Desbloqueo por huella digital. Nada más fácil, sonrió buscando la mano derecha de la muchacha detrás de la espalda. Colocó el índice sobre el sensor. El aparato emitió un clic. Gracias al pasamontañas, su sonrisa no espantó todavía más a la *booklover*.

Fase dos, en marcha.

Manipuló sin prisa el pulido cristal. Lo primero, desactivar el bloqueo de pantalla, por si acaso. Luego, ante la mirada lacrimosa, desconcertada y asustada de la joven, se entretuvo en abrir y cerrar aplicaciones. A veces asentía con la cabeza, a veces chasca la lengua. Satisfecho al fin, colocó con cuidado el móvil sobre la mesa de centro. Sacó del bolsillo una bolsa de plástico translúcido. Con un gesto rápido y estudiado, se la encasquetó a la chica en la cabeza sin que ella pudiese evitarlo. Consciente de lo que se le venía encima, la desgraciada se debatió con fuerza, gimió, se contorsionó, gimió, cabeceó, pataleó, gimió. Lo previsto. El motorista agarró el casco por el borde y lo estrelló con fuerza contra el cráneo de la joven, aturdiéndola. Ya solo quedaba un pequeño detalle: dos vueltas de cinta americana sobre la bolsa, alrededor del cuello.

Poco más que hacer, salvo coger el teléfono de la muchacha y

grabar. Grabó una panorámica de trescientos sesenta grados que acababa en la cabeza encapuchada, y luego grabó cómo las suaves facciones del rostro se transfiguraban en mueca de espanto, difuminada por el plástico. Grabó cómo los ojos enrojecidos pugnaban por salirse de las órbitas. Cómo, en medio de la conmoción, la mente aún lograba reaccionar, reanudando los gemidos y un débil forcejeo. Cómo, en fin, al terror se sumaba la incredulidad cuando la joven percibió, a través de la cortina aguanosa de las lágrimas y del vaho que empañaba la bolsa, que el asesino estaba grabando su agonía.

Dos minutos después, silencio total. El motorista se paseaba por delante de la librería. Contempló los objetos que atestaban las baldas por delante de los libros: tazones, muñequitos, tarros de esencia, muñequitos, jarrones con flores de papel, más muñequitos. Observó la perfecta alineación de los volúmenes, apretados, verticales, clasificados por colecciones y por autores. Reconoció algunos títulos. Uno de ellos pareció llamarle especialmente la atención, pues lo sacó, echó un vistazo a las primeras páginas y, con un asentimiento de cabeza, se lo guardó en un bolsillo interior del chaquetón.

Su respiración se relajó. Su pulso se ralentizó. La adrenalina se diluyó. Cuando consideró que su organismo había vuelto a la calma, todavía se dio otro par de minutos, que aprovechó para entrar en la cuenta de Instagram de la víctima y crear un *reel* con el vídeo grabado y la música de fondo que tenía en mente. Lo envió. Tras asegurarse de que el nuevo rectángulito ocupaba el ángulo superior izquierdo del *feed*, desmontó la tapa posterior del móvil, extrajo la batería y la SIM y se lo guardó todo en el bolsillo. Por último, comprobó por la mirilla que el descansillo estaba despejado, cerró la puerta con suavidad y bajó por la escalera los cinco pisos, no fuera a ser que la tormenta le jugase una mala pasada.

Fase tres, completada.

«Fase tres, completada».

Zas. El primer capítulo es esencial, que diría Joël Dicker. Si a los lectores no les gusta, no leerán el resto del libro.

Bueno, pues a ver si les gusta este prólogo. Mike Solo —Miguel García cuando no escribe— junta las manos en forma de bocina. Exhala en el hueco. Se frota las palmas. Se echa atrás en la silla, alejando al mismo tiempo el portátil sobre la mesa, como si la perspectiva le permitiese apreciar mejor el texto. Relee la decena de páginas, verificando que todo encaja y que la apariencia es correcta. Es una manía suya —y una rémora en términos de eficiencia, probablemente, pero eso le importa poco—: le gusta que el primer borrador quede lo más acabado posible, al menos en la forma. La puntuación, las cursivas, las atribuciones al diálogo. Por supuesto que luego lo pulirá tantas veces como haga falta, pero la primera impresión ha de ser buena. Si no, es incapaz de continuar.

Los puntos de vista, primero el de Sandra, luego el del asesino, bien definidos y separados. Las descripciones, escuetas, precisas. La de la víctima —atractiva, disciplinada, clase trabajadora—, pensada para que el lector empatice desde el primer instante. Las pinceladas del oficio de *booklover*, las necesarias y suficientes para quien no esté familiarizado. Y el asesino, anónimo, enigmático, despiadado. Directo a lo suyo. Se ve que ha planificado el crimen con sumo cuidado. Un asesino canónico, como Dios manda. Lo cual incluye cierto grado de misterio, porque ¿a qué viene, si no, el detalle de llevarse un libro concreto? ¿Por qué pu-

blica el asesinato en la red? Y a pesar de su crueldad, no deja de ser humano: suda, se le reseca la boca, segrega adrenalina. Un hijo de puta muy humano, se sonríe Mike.

Lo siguiente es dar vida al protagonista, su inspirado antipoliciá, aunque eso será en otro momento. Bosteza. Mala vida la de acostarse tarde, levantarse temprano y no echar siesta. Guarda el archivo. Suspende el ordenador. Hora de acercarse al colegio. Pero antes, para celebrar el prólogo, que es tanto como decir el banderazo de salida de su carrera hacia el éxito, hay tiempo para una tacita de Blue Mountain, el rey de los cafés.

I Almas GEMELAS

«No hay métodos, no hay reglas, un recorrido señalado.

Cada vez que comienzas una novela, es el mismo
salto a lo desconocido».

La vida secreta de los escritores, Guillaume Musso

ME.LEE.BEL

Un mes antes. Domingo, 17 de septiembre

«Siguiente episodio».

To-tonnn... Netflix le mete presión para que continúe pegada a la pantalla cuarenta y cinco minutos más. La tentación es fuerte. Pereza mental igual a indigencia intelectual. En la terraza, las sombras hacen rato que desaparecieron. La claridad se tiñe de tonos crepusculares. Por segunda vez, Isabel Barcelona duda. Más sofá y tercer episodio, o cama y libro. Sabe que lo segundo conviene más a su intelecto y a la lista de lecturas atrasadas. Y tampoco es que la serie valga gran cosa: otra de policías suecos, o daneses o noruegos, de esas que han puesto de moda las factorías televisivas. Una más de noche perenne, de inhóspitas calles heladas, de no quitarse el abrigo ni dentro de la comisaría. De polis desarraigados, atormentados por fantasmas del pasado, dispuestos a saltarse las reglas. De tipas y tipos duros, siempre un paso por detrás de los maníacos —nunca maníacas— que los llevan de cabeza.

Bel, que es como firma y como se hace llamar, lleva todo el fin de semana encerrada en su acogedor ático de salón con cocina americana, dormitorio con baño y terraza de cuatro por tres metros orientada al oeste. Sin más plan —que tampoco es mal plan— que alternar la *chaise longue* con la tumbona, aprovechando que los últimos días del verano hacen honor a la época. Televisión, mucha lectura y un poquito de escritura. Porque también ella hace sus pinitos. Relatos breves condenados a amontonarse en un cajón del buró. Poemas que nadie ha leído y que nadie leerá. Pensamientos, ideas, versos sueltos, microrrelatos. Mil veces ha pensado publicarlos en Instagram, entre las

recomendaciones y reseñas de *me.lee.bel*. Mil veces ha desistido. Qué vergüenza. Además, ella se ha ganado una reputación como *booklover*, y sabe lo que sus seguidores esperan. A saber cómo se tomarían lo otro, los pensamientos y versos. Creerían que se va por las ramas; o peor aún, la tomarían por cursi.

Ni siquiera sus amigas conocen sus aficiones literarias, más allá de su pasión por la lectura. Tampoco es que las vea a menudo. Los trabajos, los maridos, los niños. De ciento en viento alguna se acuerda de llamar y quedan, siempre entre semana, en el rato que dura una extraescolar. Un té o una caña y a casa, a preparar cenas y baños. Verso suelto es Edurne, que desde el divorcio va en plan guerrera y suele juntarse con otras de su misma condición. Pero a Bel no le va ese rollo. Ya lo probó tras el Desastre, cuando creía haber recuperado el ánimo. Sabe lo que es que un chico le tire los tejos y que luego, cuando ella le advierte de lo que hay —porque pasar el trago luego, en la intimidad, eso ni hablar—, el fulano desaparezca tras una inopinada urgencia urinaria.

Pasa de llevarse otro bochorno.

Toma la iniciativa por ella un súbito arranque de decisión. A la mierda la tele alienadora. Cama y libro, punto. Se levanta con pesadez. Cuesta sacudirse la galbana de los huesos, de los músculos, de la piel. Cuesta, porque meterse en la cama un domingo es hacerse la idea de que se acaba el fin de semana; otro más sin pena ni gloria.

Y cuesta, sobre todo, porque antes hay que pasar por el baño y enfrentar el espejo.

Al principio no era capaz. La náusea le podía. Las lágrimas la desbordaban. Los mocos la atragantaban. El cuerpo que se reflejaba en el azogue no era el suyo. Cuatro años después puede decir que lo va superando, pero siempre da vértigo desabotonarse la blusa. Por encima del sujetador apenas se nota. Hay que

fijarse bien en el confín de la axila derecha, donde la piel se ve tirante, cerúlea, sin brillo.

Hace años que Bel no sonríe.

Camiseta veraniega fuera. Traga saliva. Sujetador fuera. El indeseado vacío en que se ha convertido una parte, antes opulenta, de sí misma se burla con su habitual mueca torcida, a modo de desfigurada sonrisa de labios apretados. Bel no puede evitar una lágrima.

Hace años que el llanto es su compañero de cama.

Sopesa con la copa de la mano el pecho izquierdo: espléndido, todavía altivo, de recatada blancura, areola sonrosada y sensible pezón. Un pecho hermoso, otrora siempre bronceado en verano, cuando ella lo lucía en playas y piscinas, junto a su hermano simétrico, con desinhibido orgullo.

Hunde en la carne mórbida las yemas de los dedos con prevención. Toquetea aquí y allá con delicadeza, buscando mientras contiene el aliento. Solo cuando se convence de que no hay nada anormal se lava los dientes. Un minuto. Dos minutos. En el minuto tres, la balda de los cosméticos le hace arrugar la nariz. Pasa un dedo. Puaj. ¿En qué pensaba durante la limpieza del sábado? Se enjuaga. No se desmaquilla porque no se ha maquillado. Para qué. Una mano de crema hidratante y a correr.

Aún perdura el olor a sopa de cocido recalentada en la cocina. Junto al fregadero, donde llena un vaso de agua para llevárselo a la mesita de noche, dos cascos vacíos de blanco verdejo aguardan su turno de reciclado. El saldo negativo, suspira, de un solitario fin de semana. En el dormitorio desecha el pijama de tirantes y pantaloncito corto. Se pone uno largo, que la noche anterior fue destemplada, y se mete entre las sábanas con el móvil y con el autor que constituye su último descubrimiento.

Hace tiempo que decidió dar una vuelta de tuerca a su actividad como *bookstagramer*. Por algo es una de las más antiguas y la

número uno del país en cuanto a seguidores. Pero sus colegas en la red social se replican unas a otras como las olas del mar. Los mismos libros, los mismos autores, las mismas reseñas se repiten centenares de veces. Normal: lo bueno gusta a la mayoría. Pero también lo menos bueno, si está de moda; y ella, hastiada de la corriente general, se ha propuesto diferenciarse: nada de retos masivos, de fechas acuciantes, de interminables maratones con la lengua fuera. Seleccionará más sus lecturas; leerá menos, si es necesario, pero leerá original.

En ese sentido, Nathan Gillet se ha convertido en una revelación: inédito en España, superventas en los países de habla francófona, desconcertante narrador *noir*, astuto trenzador de intrigas y hábil caracterizador de personajes poco convencionales. *Retrato de un alma triste* es el tercer Gillet seguido que devora. Lo hace en francés, idioma que más o menos controla, sabedora —contactos que tiene una— de que el Grupo Ilión, la tercera editorial del país por detrás de Penguin y Planeta, prepara la traducción de sus obras. Y cuando eso ocurra, ella estará lista para reseñarlas en primicia.

Dios, cómo le gusta su afición.

Pero antes, un vistazo a Instagram. Lleva sin hacerle caso desde que comenzó el segundo episodio de la serie sueca, o noruega, y seguro que en ese tiempo se han acumulado un buen puñado de comentarios pendientes de respuesta.

Hay un aviso de la plataforma.

mike_solo quiere enviarte un mensaje

Mike Solo. Tuerce el gesto Bel. Un admirador o un pesado. Alguien que quiere venderle algo, una editorial que le ofrece libros, un autor independiente que busca una reseña. Suspira. Nunca se sabe, y para quien se debe a sus seguidores, permitir el contacto es gaje obligado del oficio.

«Aceptar».

En el tiempo que tarda en revisar la actividad reciente —«Fulano y mengana han comenzado a seguirte». «Zutana, a quien quizá conozcas, está en Instagram»— y en contestar con frases escuetas y profusión de emoticonos a media docena de comentarios a sus últimos *posts*, entra el mensaje anunciado.

Hola, Bel:

He visto en Instagram los libros que lees y he pensado que quizá te guste mi novela “Diez días de verano”, que acabo de autopublicar.

Te invito a leerla y, si te parece oportuno, a comentarla. Si te animas, dime cómo puedo hacértela llegar.

Un saludo y gracias.

Mike.

Autor en busca de reseña, lo dicho. Pero educado y conciso, este Mike Solo. Sin atajos de escritura ni rodeos innecesarios. En mensaje aparte, una sinopsis de la novela. Misma valoración positiva del estilo. Sin comas bailadas ni tildes desaparecidas, minucias poco dignas de atención para la actual plaga de aspirantes al Parnaso. Y un contenido que, a primera vista, no resulta banal. Bel hace un gesto apreciativo. Tamborilea con las uñas sobre la silueta chinesca de una joven en minifalda con el *skyline* de París de fondo, la portada del Gillet sobre el que apoya el móvil.

Es otra de las facetas que viene experimentando en los últimos tiempos: cada vez son más los autores que le piden que reseñe manuscritos inéditos o novelas autopublicadas. La mayoría no pasan el filtro de la sinopsis, y ni siquiera con los pocos que acepta se compromete. No es infrecuente que abandone a las veinte páginas si el estilo es pobre; menos, si la ortografía es in-

fumable. Pero hay libros que acaban con una buena reseña, y ella se siente orgullosa cuando constata que, entre sus miles de seguidores, son legión los que se fían de sus recomendaciones.

Se siente una verdadera *influencer*.

En fin. Lo del tal Mike lo consultará con la almohada. Con un suspiro de autocomplacencia, Bel cierra todas las *apps*, a excepción del diccionario Francés-Español, ahueca el cojín tamaño extra que hace las veces de respaldo, toma un buche de agua, se arropa con la colcha hasta las axilas.

Y ahora, a lo importante.

A por el Gillet.

MIKE_SOLO

Martes, 19 de septiembre

*Every day I write the list of reasons
why I still believe they do exist.
(A thousand beautiful things).
And even though it's hard to see
the glass as full and not half empty.
(A thousand beautiful things)**

Hawkers espejadas. Bigote y barba bien recortados. Sudadera gris de centro comercial. Annie Lennox en los auriculares. Miguel García cabecea una vigorosa balada de la británica. Echa el aliento en el hueco de las manos abocinadas. Se las frota, más por costumbre que por frío, pues la tarde luce soleada. Hoy ha tenido suerte. Ha sido previsor, más bien, y ha venido con tiempo, lo que le ha permitido aparcar cerca de la entrada. Ahora, a esperar que den las cinco haciéndose lo más invisible que pueda, con la capucha subida y la visera del parabrisas bajada. Intranquilo, como quien teme verse sorprendido, Mike —así lo llaman desde niño, y así decidió firmar sus obras— cambia a menudo de postura en el asiento del Polo de segunda mano. No pierde cuenta de los vehículos que circulan, de los que aparkan, de los progenitores que se van agrupando en la acera: mucha madre, poco padre, alguna que otra pareja.

Mazacote de ladrillo rojo. Ochocientos metros cuadrados de patio polivalente asfaltado. Verja de hierro de tres metros de al-

* Cada día escribo la lista de razones / por las que todavía creo que existen. / (Mil cosas hermosas) / Y aun así es difícil ver / el vaso medio lleno y no medio vacío. / (Mil cosas hermosas)...

tura. Una cárcel para niños, a falta de las torretas de vigilancia en las esquinas, parece el Colegio de Educación Infantil y Primaria Almudena Grandes, antes José María Pemán, en el madrileño distrito de Hortaleza. El cambio llegó a trascender a la prensa, pues levantó en su día una enconada polémica interna pese a que nadie, sospecha Mike, ni padres, ni profesores ni PAS, había leído jamás una página del —ilustre para unos, fascista para otros— escritor gaditano.

Lírica entrada de flauta. Voz celestial acompañada al piano. De *A thousand beautiful things* a *I am a thousand winds*. De la garra camaleónica a la sutil finura. De la Lennox a Hayley Westenra. Mike se yergue en el asiento. Sin duda es un buen presagio que dos de sus vocalistas *top ten* —cada una en su estilo— aparezcan seguidas en el modo aleatorio de la *playlist*.

El reloj del salpicadero indica las 16:54. Cogidos de la mano, puestos de bati sobre el uniforme, los niños forman por cursos en el patio. Las madres se arremolinan junto a la salida. A las 16:59 la cancela se abre. Comienza el desfile por edades: los de cuatro años, los de cinco, los de seis. Baraúnda de besos, de mochilas que cambian de manos, de meriendas reclamadas a gritos. A menos que llueva, en cuyo caso se produce la desbandada, hay un grupo que acostumbra a seguir la misma rutina: con los chiquillos de la mano, las madres pasean hasta un parque cercano con quiosco y juegos infantiles. Merienda para ellos, café con leche para ellas. Risas despreocupadas. Alguna llantina rebelde. Parloteo adulto.

Para entonces, Mike habrá ganado la plaza por una calle paralela. Al otro lado de la acera que bordea el parque vallado, más cerca de la zona de juegos que del quiosco, hay un kebab con tres o cuatro mesas metálicas fuera. Suele haber sitio porque en esa esquina no da nunca el sol, porque allí no acuden madres de colegio, y porque..., bueno, al fin y al cabo es un kebab. Él tam-

bién tiene su ritual: toma asiento contra la pared, parapetado tras las gafas espejadas, la capucha y una novela, bebe un café solo casi de un trago y pide un segundo, que alargará para contemplar, con calma y con disimulo, las persecuciones infantiles, los saltos, los balanceos, las cabriolas.

Vibración corta en el bolsillo. Un correo electrónico, seguramente, que no se molesta en mirar: no espera ninguno importante. Justo en ese momento, una pelota de goma vuela por encima de la valla, aterriza en la calzada, fallando por poco el techo de una furgoneta, y rueda hasta dar con el bordillo de la acera a sus pies. Una niña se aferra a la rejilla metálica con expresión ansiosa. Cinco o seis años, ojos muy abiertos, boca jadeante, carita redonda enmarcada por bucles morenos. Mike se asegura de que el pelotazo ha pasado desapercibido en la mesa de las madres. Con un nudo atenazándole el estómago, se levanta con parsimonia, como queriendo prolongar el momento. Sin dejar de contemplar a la pequeña, se adelanta, coge la pelota y la sopesa cerca de la nariz, por si estuviese impregnada de algún aroma infantil que él pueda reconocer. Solo entonces la lanza de vuelta por encima de la valla, un ojo receloso del grupo adulto, el otro ávido de la carita inocente. La niña, contra lo que cabría esperar, no corre tras la pelota. Se queda mirando al desconocido hasta que un grito materno la hace reaccionar. Él da la espalda al parque, aparentando desinterés. Pero le cuesta tragar. Consulta su reloj: las 17:51. Hora de inglés, de ballet, de judo. Revuelo de mochilas y bolsos. Carreras.

Las madres levantan el campo.

Mike aguarda diez minutos más, hasta que el grupo ha desaparecido por completo. Mientras tanto, echa un vistazo al correo electrónico: la compañía de seguros lo avisa de la renovación de la póliza del Polo. Otro gasto en un mes que ya venía torcido por

una avería —dos días sin agua caliente— en el termo eléctrico. De paso, mira las notificaciones de WhatsApp, todo memes chorras, y descubre que tiene un par de mensajes en Instagram de *me.lee.bel*, una de las *booklovers* a quienes ha invitado a leer su ópera prima.

Hola, Mike:

Gracias por tu ofrecimiento.

No te prometo nada, pero intentaré leer tu novela y, si me gusta, la reseñaré.

Lo único, te agradeceré que me la envíes en papel.

Bel.



El otro incluye el nombre completo y una dirección postal de Madrid. Mike se frota la barba con la mano. Inspira hondo. Ni siquiera estaba seguro de que alguna de ellas le respondiese, y esta lo ha hecho casi de un día para otro. Consulta de nuevo su reloj. Tiene algunos ejemplares en el asiento trasero del coche y tiempo de sobra para pasarse por Correos.

Gracias a ti por responder.

Te la envío hoy mismo.

Buena semana.

Apura el café, ya frío. Deja unas monedas en el platillo, redondeando por arriba. Al levantarse, eleva una ceja al turco en señal de despedida.

Todo lo soleada que quieras, la tarde, pero se ha levantado un airecillo del norte que en la sombra se hace molesto.